

La Iglesia

católica y sus culpas en el pasado

Para situar en su contexto las opiniones publicadas a continuación, el lector consultará con provecho el número 2 de *ISTOR*, *De concordia, discordia y cristianismo*.

CRÍTICAS DE CONSERVADORES Y PROGRESISTAS A LA INICIATIVA

DE JUAN PABLO II¹

El cardenal Biffi y el teólogo Hans Küng encabezan las discrepancias con el pontífice

Si la verdad está en el término medio, la decisión del papa de entrar en el Jubileo con un profundo acto de contrición se ajustaría a la verdad, ya que ha sido zarandeada a izquierda y derecha del espectro eclesiástico.

Por un lado, sectores conservadores de la curia y relevantes purpurados, como el arzobispo de Bolonia, Giacomo Biffi, han mostrado su disgusto por una iniciativa que deja a la Iglesia, a su juicio, a merced de sus críticos.

Personalidades de talante marcadamente liberal, como el teólogo suizo Hans Küng, también se han quejado amargamente de las limitaciones de esta petición de perdón.

El cardenal Biffi no ha ocultado su incomodidad por la decisión del pontífice, y con él se ha expresado una parte menor de la jerarquía eclesiástica. Pero no es únicamente el clero italiano o sectores de la curia romana los que discre-

¹ Publicado en *El País*, 8 de marzo de 2000.

pan. Iglesias jóvenes como las de América, Asia o África tampoco acaban de percibir el sentido de la expiación pública de unos pecados de los que estos continentes han podido ser más víctimas que otra cosa.

Es el propio documento conocido ayer el que asume esas inquietudes.

Hay quien observa que “el reconocimiento de las culpas es unilateral y puede ser aprovechado por los detractores de la Iglesia, satisfechos al verla confirmar los prejuicios que mantienen sobre ella”, dice. Pero, superada esa disquisición, el documento aclara que su objetivo “no es el de examinar casos históricos particulares, sino el de aclarar los presupuestos que fundamentan el arrepentimiento relativo a culpas pasadas. El influyente cardenal Biffi rebate ahora con detenimiento esos argumentos y lo viene haciendo desde el momento en que se supo que el papa, con sus peticiones parciales de perdón, preparaba un gran acto penitencial en el comienzo del tercer milenio de la Iglesia. Bajo el título *La autocrítica eclesial*, Biffi publicó ya en 1995 una nota pastoral en la que denunció que se trataba de “un tema de notable delicadeza, que puede devenir fuente de ambigüedad y hasta de malestar espiritual entre los fieles más simples y pequeños, a los que también, en primer lugar, están destinados los misterios del Reino”.

LA RESPUESTA PROGRESISTA

Visto con los ojos de los sectores progresistas, el perdón papal presenta también muchas lagunas.

En una reciente entrevista al diario suizo *Sonntags Zeitung*, Hans Küng, profesor de la Universidad de Tubinga, que mantiene una larga polémica con el Vaticano, se declaraba insatisfecho con la filosofía que inspira esta admisión de culpas por parte de la Iglesia. “Sigo sin ver en ella una conversión sincera”, dice el teólogo.

A juicio de Küng, lo más insostenible del texto, “es la diferenciación que se hace entre las culpas de los representantes de la Iglesia y la institución en cuanto tal”.

El teólogo querría escuchar de labios de Karol Wojtyla palabras “más claras” y no referencias continuas a “los hijos e hijas de la Iglesia”, sin que se cite

nunca a los papas por su nombre ni se mencionen sus responsabilidades concretas.

“Será importante saber también si la admisión de las culpas tiene consecuencias importantes”, añade el profesor de la Universidad de Tubinga, a quien el Vaticano privó hace 21 años de la autorización de enseñar “en nombre y representación” de la Iglesia católica. Otra cuestión esencial es que el perdón no se limite a los errores del pasado, “sino a los del presente: de lo contrario se cae en la hipocresía”.

El teólogo suizo subraya la incongruencia que representa pedir perdón por los errores de la Inquisición “cuando la Inquisición sigue funcionando hoy”.

La diferencia es que “a los condenados de hoy no se les quema físicamente, sino psicológicamente. Muchos teólogos y obispos de hoy han sido perseguidos por el actual papa”, añade Küng.

La Inquisición ha sido transformada, de hecho, en la Congregación de la Doctrina de la Fe, de la que es prefecto el cardenal Joseph Ratzinger, al que Küng ha lanzado repetidos ataques.

Y Ratzinger se halla detrás de la Comisión de Teólogos que ha redactado el documento en el que se inscribe la Jornada del Perdón planificada por el papa.

CRÍTICAS Y REVISIÓN DEL SANTORAL²

A juzgar por las primeras críticas suscitadas por la ceremonia apenas se apagaron las siete lámparas encendidas cada una en representación de una gran culpa histórica, la purificación de la Iglesia puede ir acompañada de polémica. De un lado, muchos católicos ven preocupados el hecho de que la admisión de las culpas históricas desde la perspectiva de hoy, pueda dar lugar a una interminable revisión del pasado y del propio papel de la Iglesia en sus veinte siglos.

El escritor católico (próximo al *Opus Dei*) Vittorio Messori se preguntaba ayer en *II Corriére della Sera*, hasta dónde el perdón invocado por Wojtyla no obliga a la Iglesia a iniciar un proceso de “descanonización”, es decir, de revi-

² Publicado en *El País*, 13 de marzo de 2000.

sión de su santoral, en el que figuran no pocos artífices de su grandeza por vía de la espada.

Tampoco los sectores judíos se han dado por satisfechos con una iniciativa que admite las culpas de forma general, sin mencionar el Holocausto. Pero la jornada del perdón pasará a la historia de la Iglesia como una fecha singular ya que, como revela el documento *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, no existen precedentes bíblicos ni históricos de esta iniciativa. Antes de Karol Wojtyła, sólo Pablo VI lamentó públicamente la desunión de los cristianos, aunque sin llegar a pedir expresamente perdón por ello.

COINCIDENCIAS Y...

Israël Lau, gran rabino ashkenazi de Israel se felicitó de la contrición expresada por el Papa y de su confesión de las culpas de la Iglesia en contra de los judíos. “Tal gesto se distingue radicalmente de la actitud de sus predecesores”, pero dijo además “sentirse profundamente decepcionado puesto que el tema de la Shoah no ha sido tratado. Ciertamente la ‘solución final’ es obra de los nazis y no de la Iglesia, pero el papa Pío XII no hizo lo necesario para denunciar y combatirla”. Por su parte Jean Kahn, presidente del Consistorio central israelita de Francia, declaró a *Le Monde* que se alegraba de tal arrepentimiento, “pero habríamos preferido que el antisemitismo cristiano que llevó a la Shoah no fuese puesto en el mismo plan que las cruzadas, la inquisición, la discriminación contra la mujer y los pobres” (*La Croix, Le Figaro, Le Monde*, 13 y 14 de marzo de 2000).

Esas reacciones respondían al tercer pedido de perdón (*mea culpa*) de la ceremonia del 12 de marzo en San Pedro de Roma:

“Oremos para que, en el recuerdo de los sufrimientos de Israel a lo largo de la Historia, los cristianos sepan reconocer los pecados cometidos por muchos de los suyos contra el pueblo de la Alianza y de las bendiciones [...] Dios, Tú escogiste a Abraham y su descendencia para que Tu Nombre sea llevado a los pueblos. Nos encontramos profundamente entristecidos por el comportamiento de quienes los hicieron sufrir y, al pedirte perdón, queremos comprometernos a vivir una auténtica fraternidad con el pueblo de la Alianza”.

Unos días después, el papa viajó a Jordania e Israel. El 23 de marzo habló en el memorial de Yad Vashem para rendir un homenaje a los millones de judíos que, despojados de todo, en particular de su dignidad humana, fueron asesinados en el Holocausto [...] Como obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro aseguró al pueblo judío que la Iglesia católica [...] siente una profunda tristeza por el odio, los actos de persecución y las manifestaciones de antisemitismo dirigidas por los cristianos de cualquier época y lugar.

Terminó su visita el 26 de marzo, pasando todo el día en Jerusalem. Fue a orar al Kotel, el Muro de las Lamentaciones y, según la tradición judía, dejó una breve nota entre las piedras: “Dios de nuestros padres, escogiste a Abraham y su descendencia para que Tu nombre sea llevado a las naciones. Nos encontramos profundamente entristecidos por el comportamiento de los que los hicieron sufrir, ellos tus hijos. Pidiéndote perdón, queremos comprometernos a vivir una nueva fraternidad”.

El rabino Gilles Bernheim, de la sinagoga de la Victoria en París, publicó en *Le Figaro* del 25 de marzo “Un combate por la Luz”, celebrando “esta mutación de la Iglesia católica”. El historiador Lucien Lazare, miembro de la Comisión para designar Justos de las Naciones en Yad Vashem, comentó: “Quedan muchas cuestiones pendientes en el diálogo que existe ya entre católicos y judíos. Ningún judío tiene poder, creo yo, para, al dar su perdón, hablar en nombre de los que murieron en el genocidio. Si hay que pedir perdón, es a Dios. Me parece que es lo que se ha hecho en la Oración Mea Culpa. En cuanto a Pío XII, es una querella que nos seguirá separando mucho tiempo” (*Istina*, XLV-2, abril-junio, 2000: 117).

El sociólogo Gerard Rabinovitch, autor de *Questions sur la Shoah* (Milán, 2000), publicó en la misma revista (*op. cit.*: 117-118) “un gesto emblemático”, y el historiador Israel Gutman, emérito de la Universidad de Jerusalem, redactor de la *Enciclopedia de la Shoah*, aprecia que “la Iglesia mide hoy sus responsabilidades frente a la Shoah”.

Sever Plotzker escribió en “El Kaddish de Juan Pablo II” publicado en el diario *Yedi'ot Aharonot* (24 de marzo): “Puedo jurar que ayer en la Cripta de la Memoria (en Yad Vashem), cuando observaba ese rostro típicamente polaco y luminoso a pesar de su edad, noté que sus labios se movían al ritmo de la ora-

ción de Kaddish (el rezo judío para los muertos). Fue el Kaddish del papa, no en voz alta, el Kaddish del corazón”.

Elie Wiesel, en “¿Qué más quieren?” (aparecido en *La Croix*, el 3 de abril), escribe:

¿qué haya pedido perdón? Pidió perdón. ¿No mencionó el Holocausto? Quizá debió hacerlo, claro, pero pienso que su emoción era tal que sencillamente era su alma la que hablaba y debemos respetar ahora a aquel hombre. Cuando joven yo no sabía nada del cristianismo, sino el miedo que me inspiraba. Sabía sólo las cruzadas, la Inquisición, no el resto. Ahora sabemos mucho, hay que saber más. Debemos, nosotros los judíos, saber qué es el cristianismo. Eso no significa que vaya a cambiar de religión; nadie me convertirá, seguiré siendo judío. Pero lo más importante es hablar con respeto del otro y al otro.

Raphy Marciano, director del Centro Comunitario Israelita de París dice: “Ese papa me alivió. Me devolvió la esperanza. Hoy cuando veo una cruz ya no veo sólo una espada”. 